

John Berger

Aquí nos vemos

Traducción
Pilar Vázquez



ALEAGUARA


ALFAGUARA



John Berger

Aquí nos vemos

Traducción de Pilar Vázquez

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para

Chloe

Lucy

Dimitri

Melina

Olek y

Maciek

1. Lisboa

Hay una plaza en Lisboa que tiene en el centro un cedro de San Juan, también llamado ciprés lusitano. En lugar de apuntar hacia el cielo, sus ramas, guiadas para que crecieran en horizontal, forman una inmensa sombrilla tupida y baja. Cien personas podrían protegerse del sol bajo ella; tendrá como mínimo veinte metros de diámetro. Unos postes metálicos colocados alrededor del tronco macizo y retorcido sujetan las ramas. El árbol tiene al menos doscientos años. Un letrero informativo ofrece unos versos a quienes pasan por allí.

Me detuve e intenté descifrarlos:

... Soy el mango del azadón, la cancela de tu casa, la madera de la cuna y la del ataúd...

Unas gallinas picoteaban un césped ralo, descuidado, en otra esquina de la plaza. Había varias partidas de *sueca* disputándose simultáneamente. Los hombres escogían y ponían las cartas sobre la mesa con una expresión combinada de sabiduría y resignación. Ganar allí era un placer callado.

Estábamos a finales de mayo y hacía calor; casi 30°. Dentro de una o dos semanas, África, que comienza, como si dijéramos, en la otra orilla del Tajo, empezaría a imponer su presencia, distante, pero tangible. En uno de los bancos había una anciana. Tenía un paraguas en la mano y estaba sentada completamente inmóvil. Con una inmovilidad que llamaba la atención. Parecía decidida a que se advirtiera su presencia en el parque. Un hombre con una maleta en la mano cruzó la plaza como quien se dirige a una cita cotidiana. Luego pasó una mujer con un perrito en los brazos —

los dos con una cara muy triste— y se encaminó Avenida da Liberdade abajo. La anciana sentada en el banco persistió en su manifiesta inmovilidad. ¿A quién iba dirigida?

Esto me estaba preguntando cuando se levantó de pronto, giró y, apoyándose en el paraguas como si fuera un bastón, vino hacia mí.

Reconocí su forma de andar mucho antes de verle la cara. Era la forma de andar de alguien que ya está deseando llegar y sentarse de nuevo. Era mi madre.

A veces me sucede en sueños que tengo que llamar a casa de mis padres para decirles —o pedirles que le digan a alguien— que seguramente voy a retrasarme porque he perdido el tren. Quiero avisarles de que no estoy donde se supone que debo estar. Los detalles varían de una vez a otra, pero lo que tengo que decirles es fundamentalmente lo mismo. Lo que también se repite siempre es que no tengo la agenda y, aunque intento recordar su número de teléfono y de hecho pruebo varios, nunca acierto con el que es. Esto se corresponde con que es verdad que en la vida real he olvidado el número de teléfono de la casa en la que vivieron mis padres durante veinte años, un número que me sabía de memoria. Lo que, sin embargo, olvido en sueños es que están muertos. Mi padre murió hace veinticinco años, y mi madre, hace diez.

Me tomó del brazo y de común acuerdo dejamos la plaza, cruzamos la calle y nos dirigimos despacio hacia las escaleras del Mãe d'Água.

Hay algo que no debes olvidar, John. Olvidas demasiadas cosas. Lo que debes saber es que los muertos no se quedan donde los enterraron.

No me miró al empezar a hablar. Tenía la vista fija en el suelo, unos metros por delante de nosotros. Le preocupaba

tropezarse.

No me refiero al cielo. Todo eso del cielo está muy bien, pero yo estoy hablando de algo distinto.

Se paró y masticó, como si una de las palabras tuviera nervios y hubiera que masticarla más despacio para poder tragarla. Luego siguió:

Los muertos pueden escoger dónde quieren vivir en la Tierra; eso suponiendo que decidan quedarse en la Tierra.

¿Quieres decir que vuelven a algún lugar en el que fueron felices de vivos?

Habíamos llegado al principio de la escalera y se agarró con la mano izquierda al pasamanos.

Te crees que tienes todas las respuestas, siempre lo has creído. Deberías haber escuchado más a tu padre.

Él tenía la respuesta de muchas cosas. Ahora me doy cuenta.

Empezamos a bajar la escalera.

Tu buen padre era un hombre lleno de dudas, y por eso tuve que estar siempre detrás de él.

¿Para rascarle la espalda?

Entre otras cosas, sí.

Cuatro escalones más. Se soltó del pasamanos.

¿Y cómo escogen los muertos dónde quieren quedarse?

No respondió. En lugar de ello, se recogió la falda y se sentó en el siguiente escalón.

¡Yo he escogido Lisboa!, dijo, como si repitiera algo obvio.

¿Habías venido aquí —vacilé, porque no quería hacer la distinción demasiado patente—, habías venido antes?

Volvió a ignorar la pregunta. Si quieres averiguar algo que no te haya contado, dijo, o algo que hayas olvidado, éste es el momento y el lugar para preguntarme.

Me contaste tan pocas cosas, comenté.

Eso cualquiera puede hacerlo. ¡Contar! ¡Contar! Yo hice algo distinto. Miró expresivamente a lo lejos, hacia África, al otro lado del Tajo. No, no había estado aquí antes. Hice algo distinto, te las mostré.

¿Está aquí también papá?

Movió la cabeza para decir que no.

¿Dónde está?

No lo sé y no se lo pregunto. Me imagino que debe de estar en Roma.

¿Por el arte... de amar?

Me miró por primera vez, divertida, la broma asomándole a los ojos.

¡Qué va! ¡Por los manteles!

La enlacé por los hombros. Suavemente me retiró la mano y, sin soltarla, la trajo al escalón y la dejó debajo de la suya.

¿Hace cuánto tiempo que estás en Lisboa?

¿No recuerdas que siempre te dije que sería así? Te dije que sería así. Más allá de los días, de los meses, de los cientos de años. Más allá del tiempo.

Volvía a mirar hacia África.

Entonces, si el tiempo no cuenta, ¿lo que cuenta es el lugar? Lo dije para tomarle el pelo. Cuando me hice hombre, me gustaba tomarle el pelo, y ella me seguía la corriente de buena gana, porque nos recordaba a los dos una tristeza superada.

De niño, su seguridad me enfurecía (igual daba por qué estuviéramos discutiendo). Era una seguridad que revelaba —al menos a mis ojos— lo vulnerable que era, las dudas que la asaltaban bajo su bravuconería, cuando yo la quería invencible. Y, en consecuencia, le llevaba la contraria en todo aquello de lo que parecía tan segura. Esperaba que así llegaríamos a descubrir juntos otra cosa que pudiéramos poner en duda con una confianza compartida. Lo que sucedía, sin embargo, era que mis contraataques la volvían todavía más frágil, y terminábamos los dos irremediablemente arrastrados en un torbellino de perdición y congoja, pidiendo silenciosamente a gritos que viniera un ángel a salvarnos. Ese ángel no vino nunca.

Al menos los animales nos ayudan, dijo, mirando a lo que tomó por un gato solazándose al sol unos escalones más abajo.

Eso no es un gato, le dije. Es un sombrero de piel viejo, una *chapka*.

Por eso era vegetariana, dijo.

¡Si te encantaba el pescado!, repliqué.

Los peces son animales de sangre fría.

¿Y eso qué importa? O se tienen o no se tienen principios.

Todo en la vida, John, es una cuestión de límites, y uno tiene que decidir por sí mismo dónde ponerlos. No se los puedes poner a los otros. Claro que nada te impide intentarlo, pero no funcionará. Obedecer las normas impuestas por otros no es lo mismo que respetar la vida. Y si se quiere respetar la vida hay que ponerse límites.

Entonces, si el tiempo no cuenta, ¿lo que cuenta es el lugar?, volví a preguntar.

No es cualquier lugar; es el lugar donde nos vemos, donde nos encontramos. No quedan muchas ciudades con tranvías, ¿verdad? Aquí los oyes constantemente, salvo unas horas por la noche.

¿Duermes mal?

No hay una calle en el centro de Lisboa donde no se oigan los tranvías.

Era el 194, ¿no? Lo tomábamos todos los miércoles para ir a South Croydon y de vuelta a East Croydon. Primero hacíamos la compra en el mercado de Surrey Street y luego íbamos al cine, al Davies Picture Palace, que tenía un órgano eléctrico que cambiaba de color cuando lo tocaban. Era el 194, ¿no?

Conocía al organista, dijo. Le compraba apio en el mercado.

También comprabas riñones, aunque fueras vegetariana.

A tu padre le encantaban para desayunar.

Como a Leopold Bloom.

No presumas de culto. No tienes que impresionar a nadie. Siempre te querías sentar en los primeros asientos del piso de arriba. Sí, era el 194.

¡Y cómo te quejabas de las piernas subiendo las escaleras!

Te gustaba sentarte delante porque así podías hacer que conducías y querías que yo te viera.

Me encantaban las esquinas.

Los raíles son los mismos aquí en Lisboa, John.

¿Te acuerdas de las chispas que soltaban?

Sí, cuando llovía. ¡Aquello sí que eran chispas!

Conducir después del cine era lo mejor.

Te ponías en el borde del asiento. No he vuelto a ver a nadie mirar con tanta concentración.

¿En el tranvía?

En el tranvía y también en el cine.

Muchas veces llorabas en el cine, dije. Tenías una manera especial de secarte las lágrimas.

Tu forma de conducir el tranvía enseguida le puso punto final a aquello.

No. De verdad, llorabas la mayoría de las veces.

¿Quieres que te cuente algo? ¿Te habías fijado en la torre del elevador de Santa Justa? Esa de ahí abajo. Es propiedad de la Empresa Municipal de Transportes de Lisboa. El elevador no va realmente a ningún sitio. Sube a la gente ahí arriba y vuelve a bajarla después de que han contemplado la vista desde la plataforma. Y pertenece a la Empresa Municipal de Transportes. Pues fíjate, John, las películas hacen lo mismo. Te suben a algún sitio y luego te devuelven al lugar en el que estabas. Por eso, entre otras cosas, llora la gente en el cine.

Hubiera pensado...

¡No pienses tanto! Hay tantas razones para llorar en el cine como gente comprando entradas.

Se pasó la lengua por el labio inferior, un gesto que solía hacer también cuando se pintaba los labios. Una mujer cantaba mientras descolgaba la ropa seca en una de las azo-

teas que dan sobre la escalera del Mãe d'Água. Tenía una voz quejumbrosa, y las sábanas un blanco inmaculado.

La primera vez que vine a Lisboa, dijo mi madre, llegué en el elevador de Santa Justa. Nunca he subido en él, ¿entiendes? Bajé en él. Como todos. Se construyó para eso. Está forrado de madera, como un vagón de primera clase. He visto en él a cientos de nosotros. Lo construyeron para nosotros.

Pero si sólo caben unas cuarenta personas, dije yo.

Nosotros no pesamos nada. ¿Y sabes qué es lo primero que vi al salir del elevador? ¡Una tienda de cámaras digitales!

Se puso en pie y empezó a subir las escaleras de vuelta al lugar de donde veníamos. Le costaba respirar y fruncía los labios para expulsar el aire en un largo silbido. Fue ella la que me enseñó a silbar. Por fin llegamos a la cima de la escalera.

De momento me quedo en Lisboa, dijo. Por el momento, espero.

Dicho lo cual, se volvió y se dirigió al banco en el que había estado sentada; entonces la plaza se quedó en silencio, un silencio tan expresivo, tan total, que su figura acabó por desvanecerse.

Durante los días que siguieron estuvo escondida. Yo anduve sin rumbo fijo por la ciudad, mirando, dibujando, leyendo, charlando. No la busqué. De vez en cuando, sin embargo, algo me la recordaba, generalmente algo apenas entrevisto.

Lisboa guarda una relación con el mundo visible que es difícil encontrar en otras ciudades. Juega a algo con él. Los adoquines de sus calles y plazas componen dibujos en los que el blanco alterna con otros colores, como si fueran techos decorados en lugar de calzadas. Mires a donde mires, las paredes, interiores y exteriores, están cubiertas con los famosos azulejos. Y estos azulejos cuentan las cosas fabulo-

sas que se pueden ver en el mundo: un mono que toca la flauta, una mujer vendimiando, santos rezando, ballenas que surcan el océano, los cruzados en sus navíos, plantas basilicales, urracas en vuelo, amantes enlazados, un león amaestrado, una *moreia*, que tiene manchas como los leopardos. Los azulejos de la ciudad le hacen a uno reparar en lo visible, le hacen fijarse en lo que se ve.

Al mismo tiempo, las propias decoraciones de azulejos en las paredes y en los suelos, alrededor de las ventanas y en los huecos de las escaleras, dicen algo diferente, lo contrario, de hecho. La blanca cerámica agrietada de sus superficies, sus vivos colores, la argamasa de las juntas, los motivos repetidos, todo ello insiste en el hecho de que están tapando algo y que sea lo que fuere lo que está debajo o detrás seguirá siendo invisible, seguirá escondido para siempre, gracias a ellos.

Veía los azulejos al pasar como si fueran cartas que escondían, más que descubrir, una buena jugada. Caminé, subí, bajé, giré, jugada tras jugada, mano tras mano, y entonces la recordé haciendo solitarios.

Nadie parece estar de acuerdo en el número de colinas sobre las que está construida la ciudad. Unos dicen que son siete, como en Roma. Otros lo discuten. Sea cual fuere ese número, el centro de la ciudad está construido sobre un terreno rocoso, escarpado y abrupto, que sube y baja cada pocos metros. Y sus calles empinadas llevan siglos pertrechándose con todas las formas imaginables de evitar el vértigo: escaleras, terrazas, rellanos, callejones sin salida, cortinas de colada secándose al sol, ventanas al nivel del suelo, pequeños patios, barandillas, contraventanas. Cualquier cosa es buena para cobijarse del sol y del viento y para borrar toda distinción entre el interior y el exterior.

Nada podía convencerla de acercarse a más de cincuenta metros del borde de un precipicio.

Me perdí varias veces entre el laberinto de escaleras, miradores y ropa tendida de la Alfama.

Una vez estábamos intentando salir de Londres y nos equivocamos de carretera. Mi padre paró el coche y abrió el mapa. Nos hemos desviado mucho, pero que mucho, hacia el este, dijo mi madre. Tengo un buen sentido de la orientación, me lo dijo un frenólogo en repetidas ocasiones. Me lo palpaba aquí. Se tocó por detrás de la cabeza. Tenía un cabello muy fino, con el que nunca se sintió a gusto. Me dijo que mi sentido de la orientación estaba en esta protuberancia de aquí.

Nadie se toma hoy en serio a los frenólogos, repliqué yo desde el asiento trasero. Son un puñado de criptofascistas.

¿Por qué dices eso?

No se pueden evaluar las capacidades de una persona sencillamente utilizando un calibre. Y además, ¿de dónde se sacaron todas esas reglas y normas? De los griegos, claro. Europeos de pura cepa. Racistas.

El que me palpó a mí la cabeza era chino, susurró.

Dividen a la gente en dos categorías, continué yo, los puros y los degenerados.

Pues conmigo acertaron; quieras que no, tengo un buen sentido de la orientación. Nos hemos alejado demasiado. Hace varios kilómetros que teníamos que haber girado a la izquierda, donde vimos a aquel pobre hombre sin piernas. Ahora ya lo mejor es seguir por aquí, no tiene sentido volver: es demasiado tarde. Deberíamos coger la siguiente a la izquierda, si podemos.

¡Demasiado tarde! era una de sus frases favoritas. Y a mí me enfurecía oírlo. Cualquier suceso, trivial o serio, la hacía soltarla. Sin embargo, para mí, la frase no parecía referirse a nada concreto, sino al paso del tiempo —algo que empecé a notar más o menos a los cuatro años—, a la manera que tiene el tiempo de replegarse y de garantizarnos que en sus pliegues retiene unas cosas y otras no. Pronunciaba estas dos palabras sin darles la menor importancia, sin ningún patetismo, casi como si estuviera diciendo el precio de algo. Y era esta calma, en parte, lo que me ponía furioso.

Puede que fuera el ejemplo de su calma, combinada con mi furia, lo que más tarde me haría estudiar Historia.

Pensaba en estas cosas mientras me tomaba un café en un bar de la Alfama no más grande que un carromato. Miré la cara del resto de los parroquianos, todos hombres que ya habían superado la cincuentena, todos igualmente curtidos. Los lisboetas hablan con frecuencia de la *saudade*, un sentimiento que se suele traducir por el de nostalgia, lo que no es del todo correcto. La nostalgia implica una especie de comodidad, de indolencia, de las que Lisboa no ha disfrutado nunca. Viena es la capital de la nostalgia. Esta ciudad ha sido azotada por demasiados vientos para ser nostálgica. Y todavía la siguen azotando.

La *saudade*, decidí mientras me tomaba un segundo café y observaba las manos de un borracho ordenar, como si fuera un montón de sobres, el cuento que intentaba relatar lo más fielmente posible, era la furia que me producía oír las palabras *demasiado tarde* pronunciadas con demasiada calma. Y el fado es la música inolvidable que las acompaña. Puede que Lisboa sea una parada especial para los muertos; puede que se aparezcan aquí más que en cualquier otra ciudad. El escritor italiano Antonio Tabucchi, un enamorado de Lisboa, se pasó aquí un día entero con los muertos.

Al domingo siguiente anduve por la Baixa y crucé la inmensa Praça do Comércio. La Baixa es el único barrio de la ciudad vieja que está en llano. Rodeado en tres de sus lados por las famosas colinas, el cuarto es el estuario del Tajo, llamado el Mar de la Paja porque, iluminadas a cierta luz, sus aguas toman un brillo dorado. Desde sus muelles zarpaban hacia África, el Oriente y más tarde hacia Brasil los navegantes, los mercaderes y los traficantes de esclavos. En el siglo xv Lisboa era la ciudad más rica de Europa; en ella se comerciaba con todo aquello para lo que era ne-

cesario enfrentarse al Atlántico: oro, esclavos del Congo, sedas, diamantes y especias.

Pon dos clavos de olor en cada manzana, me enseñaba, y luego las metemos en el horno con azúcar morena.

Cuando no miraba, yo ponía un tercer clavo, convencido de que así las manzanas saldrían más sabrosas.

Si se daba cuenta de que había puesto un clavo de más, lo sacaba y lo devolvía al tarro. Vienen de Madagascar, me explicaba. Quien no malgasta no pasa necesidades.

Ésta era otra de sus cantinelas favoritas. Pero a diferencia del Demasiado tarde, Quien no malgasta no pasa necesidades no era un lamento, sino una advertencia. Una advertencia que se podía aplicar, pensé mientras la atravesaba, a la Praça do Comércio. Todas sus dimensiones, con sus bien pensadas geometrías, son las de un sueño irrealizable.

Un fatal terremoto, el maremoto que lo acompañó y los fuegos que lo siguieron devastaron un tercio de Lisboa y provocaron la muerte de miles de sus habitantes en la primera semana de noviembre de 1755. A continuación vinieron el hambre, la enfermedad y el pillaje. Cuando todavía no se habían extinguido los incendios, y a la gente no le había quedado más que las ropas harapientas que les cubrían, había quienes vendían y compraban diamantes entre las cenizas y los escombros. Pese al cielo azul, pese al brillo dorado del Mar de la Paja, por todas partes se hablaba de Castigo y Escarmiento.

Y fue al año siguiente cuando el Marquês de Pombal empezó a soñar con una nueva ciudad de la Razón y la Simetría. Tras una catástrofe que había puesto a prueba el optimismo y la idea de justicia de los filósofos de todo el continente, la nueva Lisboa reconstruida iba a proponer que el movimiento de capital garantizaba por sí solo prosperidad y seguridad. Era el sueño de un banquero: unas calles cuya regularidad, transparencia y exactitud, cuyos trazados paralelos, emularan los de una contabilidad perfecta, y una plaza que abriera la ciudad al comercio de todo el mundo...

Pero en la segunda mitad del siglo XVIII, Lisboa no era ni Manchester ni Birmingham, y la Revolución Industrial era ya